

las infelices criaturas que vagaban por la superficie de nuestro globo. La misma facultad pensante, el despertamiento de la razón en el hombre, sus excelentes medios de expresión, hubieronle de causar un asombro tan grande, que no es difícil concebir se creyera un ser privilegiado, no ya hijo de la tierra, como los demás animales, sino originario de las misteriosas deidades soberanas y creadoras de todo. Y exaltándose su imaginación de esta suerte, fué elaborando mitologías, y también su servidumbre para con los dioses que inventara, acabando la humanidad por convencerse ser verdades innegables esas fantasías de la ignorancia.

De este modo la vaga é indeterminada superstición primitiva, en el trascurso de los siglos se convierte en una ingeniosa producción artística, filosófica, social, de tanto relieve, que adquiere caracteres reales para los preocupados seres que, sin prevención ni espíritu analítico, se dejan absorber por la grandiosidad de la concepción y por la magnificencia del culto, doblemente impresionante por la continua alabanza y por la idea del castigo ineludible del rebelde á la ley divina.

Los teólogos y metafísicos sostienen que una idea tan antigua como la idea religiosa puede estimarse como prueba suficiente de verdad. Pero, como dice Bakounin, «la antigüedad de una creencia, de una idea, lejos de probar nada en su favor, nos induce á sospechar de ella. Hasta la época en que florecieron Copérnico y Galileo, todo el mundo creía que el sol giraba alrededor de la tierra, y, sin embargo, todo el mundo estaba en un error. Tras nosotros queda la animalidad; la humanidad es el faro luminoso que va siempre delante de nosotros. La razón humana, la única cosa que nos da vida, conciencia y ciencia; la única cosa que puede emanciparnos, darnos dignidad, libertad, felicidad: la única cosa capaz de realizar la fraternidad entre nosotros; nunca—relativamente á la época en que vivimos—se halla al principio, sino al fin de la historia».

También la universalidad de las

preocupaciones religiosas ha inducido á afirmar que la religiosidad es innata en el hombre. ¿Cómo comprender que de lo que no existe, de lo que no está en la Naturaleza, se forme un sentimiento? Si la Ciencia, si la razón, no encuentra á Dios, ¿cómo creer que la religiosidad sea innata, natural? De lo que no existe no puede haber reflejos, revelaciones, inducciones ni deducciones. Si los salvajes, si los pueblos bárbaros se manifiestan religiosos, ello queda explicado por su ignorancia, no por su razón; y precisamente cuando la cultura humana ha llegado al punto de poder abandonar las quimeras y errores primitivos, que se ha hecho ciencia, es cuando Dios se discute, cuando se le niega.

Como último refugio de los hipócritas, y también de los creyentes, es mantener viva la idea de que sólo en la religión se halla la moral: esto es, ya que no sea una verdad, al menos una conveniencia social. Mas el argumento no resiste el análisis; pues si la religión es una invención del hombre, toda moral que la contenga, claro es que el hombre se la ha injertado; y, en consecuencia, la moral religiosa no es otra que la bondad natural, la moral humana, independientemente de toda religión. Esto admitiendo por un momento que lo que se llama moral lo sea verdaderamente, y no cambiabile, pues es ya muy sabido que muchas cosas que ayer se consideraban morales hoy no lo son. Por tanto, tampoco es la religión una conveniencia social, ya que la moral no es del exclusivo dominio religioso, sino que subsiste fuera de él perfectamente.

Con esto contestamos á la moral positiva que puedan contener las doctrinas de todas las religiones y que los clérigos debieran practicar en primer término para ser consecuentes con su profesión de fe, si fuese sincera. Pero un hecho notabilísimo es que los cuerpos sacerdotales de todos los cultos se han conducido y conducen de muy distinta manera que la moral de sus doctrinas. Ellos propagan la caridad, el amor al semejante, el desprecio de